Excerpts from *Mil y una Historias de Pericón de Cádiz*
Pericón de Cádiz

These are three stories I transcribed and traslated from the 45 rpm record that accompanied early editions of *Mil y una Historias de Pericón de Cádiz* (recorded and arranged by J. L. Ortiz Nuevo, Ediciones Demofilo, Madrid, 1975). Versions of these stories appear in the text, but they are not quite the same as how Perción tells them on the record. - John Moore

1. El Maquinista del «Montserrat»

- In this story, we get a picture of the *juerga* scene in Cádiz in the early part of the century, including the practice of hiring artists to perform in rented coaches.

Ah, te voy a contar una cosa, que es verídico, una cosa que me ha pasado a mí en Cádiz. Claro, que ésto hace cinquenta años. Ahí le cantaba yo a un maquinista de la Compañía Transatlántica, que estaba en el «Montserrat». Y tenía a su mujer, que era muy aficionada al cante -- era locura -- con el cante. Y yo le caía muy bien; le gustaba mucho cantando. Y un tocador que había ahí que se llamaba Baldomero -- que pelaba borricos del día y perros -- y el pobre por la noche, pues se buscaba su vida con la guitarra. Con unos tufos ahí del cuerpo, no veas la gracia que tenía; gitano, pero gitano de verdad. Y cada vez que venía el barco, hijo, la mujer:

«Ay, vamos a escuchar a Pericón. Vamos a ir a la tienda La Habana en busca de él. Ellos paran en La Habana en la Calle Rosa.»

Llegaba el coche con el embarcado con la mujer -- un landón de esos -- ellos dos atrás.

«Pericón -- y Baldomero, ¿qué tal? Anda, coge la guitarra, Baldomero.» Al cantar al embarcado y su mujer. Al otro viaje igual. Venía el Montserrat y ya estaba loco. Me decía Baldomero a mí:

«Ya está el Montserrat, ha entrado el Montserrat hoy.» y:

«Ya lo sé, Baldomero.»

Efectivamente, a las ocho de la noche, el matrimonio, el maquinista con su mujer ahí, Baldomero y Perico; estaban nosotros locos.

Pero yo, de buenas a primeras, no viene este embarcado con la mujer. Viene el barco; Le digo yo:

«Oye Baldomero, que ha venido el Montserrat y no ha aparacido Don Gregorio.»

«Sí es verdad.»

Efectivamente, no aparació aquella noche. Al otro día:

«Baldomero, que ha venido el Montserrat hoy y no ha aparacido Don Gregorio.»

«O - sí, es verdad, que ha venido el Montserrat hoy.»

Y así se llevó seis o ocho viajes. No veas, yo decía a este hombre:

«¿Se habrá disgustado conmigo?»

Baldomero era un hombre ya hecho y derecho, pero yo era un chiquillo. Pero Dios mío de mi alma, a los siete o ocho viajes, se cuele un cupé -- era unos coches cerrados, ¿sabes?, con las cortinillas, y se baja el cochero, y empieza a mirar, y me va a mí y dice:

«Pericón, ven para acá. Y Baldomero, ¿dónde está?» Digo:

«¿Baldomero? ahí está dentro.» Dice:

«Hala, llámalo. Yo vengo ahí con un embarcado muy bueno, y no quiere a nadie más que a tí y a Baldomero.»

«Pues vamos.»

Coge la guitarra Baldomero, a la berlina, a la berlina, ya te digo cerrada con las cortinillas hechas. Abre la puerta y entra.

«Buenas noches.» «Buenas noches.»

Nos sentamos los dos, a la parte adelante y el hombre atrás. Claro, con la oscuridad del coche no veíamos muy bien. Y le dice al cochero:

«Tira para donde te he dicho.»

Y hace este coche así y coge por Puerta Tierra. ¡Con lo que hacía, lo que hacía por Puerta Tierra de viento, lo que es Cádiz! Y lloviendo de toda aquella noche, «¡Ooo caballo!» -- a las tapias del cementerio.

¡Uuu! Mira, cuando yo ví que para las tapias del cementerio, me morí. Yo era un chiquillo, yo no tenía tanto miedo; pero Baldomero, gitano, cuando vió aquello -- me ca... -- le temblaba las manos.

Y entonces nos dimos cuenta que era el maquinista que se había muerto la mujer, y quería que nosotros fuéramos a cantarle, como no quería nada más que yo le cantara y Baldomero tocara ... Y hace este hombre así: asoma la cabeza por la ventanilla del coche:

«¡Dolores! ¡Aquí te traigo a Pericón y a Baldomero para que te canten, hija!»

Mira, Baldomero, el pobrecito, temblando, y yo, a pesar de que era chiquillo, pero también tenía miedo. Ah, cantamos tres o cuatro cosas, y se asoma otra vez por la ventanilla:

«¡Dolores! ¿Lo oyes bien, hija mía?» -- llorando.

¡Dios mío de mi alma! y venga cantar... A ver, cuando ya ha acabado:

«Bueno, vamos, vamos. ¡Adios Dolores, hija, adios! Cochero, vámanos para Cádiz.»

¡Y nosotros dos con un miedo bárbaro! Y hace así en medio de la carretera; para el cochero.

«¿Ustedes dónde se van a quedar?» Nos pagó antes. «¿Dónde se van a quedar ustedes?»

Y decimos los dos a la vez: «¡Aquí mismo, hombre!»

«Bueno, toma.» nos pagó, nos dió en aquella época un duro cada uno, y dice: «hasta el viaje que viene.»

«Vaya usted con Dios, Don Gregorio.»

Y con el arrancar del coche me dice a mí Baldomero:

«¡En seguida me van a echar a mí mano! ¡Para el viaje que viene, yo -- yo es que no salgo de casa!» Digo:

«¡Yo lo mismo, Baldomero de mi corazón! ¿Tú sabes lo que a hecho para hacer este hombre?»

The Engineer from the “Montserrat”

I’m going to tell you something that, really, it happened to me in Cádiz. Of course this was fifty years ago. There I used to sing for an engineer from the Trans-Atlantic Company, from the “Montserrat”. His wife was a real aficionado of singing -- she was crazy about singing. And she liked me a lot; she liked my singing a lot. There was a guitarist there named Baldomero, who groomed mules and dogs by day, and by night the poor guy went earing a living with the guitar. He had a horrible body odor, but he was so funny -- a gypsy, but a real gypsy. Every time the boat came in, boy, the wife:

“Let’s go listen to Pericon sing. Let’s go to the bar *La Habana* and look for him. They always hang out in *La Habana* on Rosa street.

So, the coach with the sailor and his wife would arrive - you know, one of those coaches -- with them in the back.

“Pericon -- and Baldomero, How’s it going? Come on Baldomero, get the guitar.” So we’d go off and sing for the sailor and his wife. The next trip: same thing -- the Montserrat would come in, and he was all excited; Baldomero would tell me:

“The Montserrat’s here - it came in today.”

“I know, Baldomero.”

Sure enough, at eight that night the couple, the engineer and his wife, Baldomero, and Perico; they were crazy about us.

However, one thing after another, and the sailor and his wife didn’t show up. The ship would come in, and I’d say:

“Hey Baldomero, the Montserrat’s come in, but Don Gregorio hasn’t shown up.”

“You’re right.”

Sure enough, he wouldn’t show up that night.

“Baldomero, the Montserrat’s here, but Don Gregorio hasn’t appeared.”

“Oh, you’re right, the Montserrat’s come in.”

And it was this way for six or eight trips. You can imagine, I’d tell him:

“Do you think he’s mad at me?”

Baldomero was grown up and a man, but I was just a kid. But my God, after seven or eight trips, a coupe pulled up -- it was one of those enclosed coaches, you know? -- with curtains. The coachman got down and started looking around, and said to me:

“Pericon, come here. Where’s Baldomero?”

“Baldomero? He’s inside.”

“Go get him. I’ve come with an important sailor, and he doesn’t want anyone except you and Baldomero.”

“OK, let’s go.”

Baldomero got his guitar, and we went up to the carriage, like I told you, with the curtains closed. The door opens, and we get in.

“Good evening.” “Good evening.”

The two of us sat up front, and the gentleman in back. Of course, it was dark, and we couldn’t see very well. He told the coachman:

“Go to where I told you.”

So the coach went this way out by Puerta Tierra. In that weather - out by Puerta Tierra, windy, and raining all night! “Whooa, horses!” We were going to the cemetery gates.

Ugh - look, when I saw that we were going to the cemetery, I died. I was just a kid, so I wasn't too afraid, but Baldomero, a gypsy! When he saw that, his hands started shaking. Then we realized that it was the engineer, whose wife had died, and that he wanted us to go sing for her -- since she only liked my singing and Baldomero's guitar. So this guy leans out the window, and says:

"Dolores! I've brought you Pericon and Baldomero to sing for you, dear!"

Look, Baldomero, poor guy, shaking -- and me, even though I was just a kid, I was still scared. So, we sang three or four things, and the guy leans out the window again:

"Dolores! Can you hear OK, dear?" -- crying

My god, we kept singing... Let's see, when we were done:

"OK, let's go. Goodbye Dolores! Goodbye dear! Coachman, let's go back to Cádiz."

And the two of us were scared to death! Then in the middle of the road, he said:

"Stop coachman. Where would you two like to get off?", he'd already paid us. And we said at the same time:

"Right here!"

"OK, here -" He gave us a *duro*[1] each, good for back then, and said:

"Until the next trip."

"Go with God, Don Gregorio."

But when the coach took off, Baldomero said to me:

"They can try if they like, but the next trip I'm not leaving the house!"

"Me neither, Baldomero! Do you realize what that guy made us do?"

[1] A *duro* equals five pesetas.

2. ¡Pericón Ratero!

- This tall tale also gives a picture of the uncertain existance of *juerga* performers. The *venta* was a roadside tavern that was allowed to stay open all night (supposedly for truck drivers), and was the locus of after-hour *fiestas* (in the 1950s, a governor of Cádiz required that most bars close early, forcing *juerga* artists to these *ventas*).

Mira, te voy a contar una cosa - te voy a contar una cosa, de verdad de verdad de verdad, que ésto - ésto no pasa nada más que en Cádiz.

Allí parábamos en la venta - Antonio el Herrero - había ocho o diez artistas - todos parábamos en la venta. Pero Antonio el Herrero siempre estaba conmigo - en La Habana, en el dos cientos seis, y en todas las tiendas por ahí. Y a las dos o tres de la noche nos íbamos para la venta. Y en la puerta de Puerta Tierra todas las noches estaba un perro esperándonos. Un perro, mitad lobo, pero para que tú vieras lo que era - Esmóquin, se llamaba Esmóquin. Oye, nos tenía un cariño a nosotros. Estaba ahí echado - cuando todos venían, se venía al lado de nosotros - hasta la venta - hasta acompañarnos a la venta. Y cuando llegábamos a la venta ya nos dejaba y ya se metía él por adentro de la venta. Y era un perro que lo conocían todas las muchachas que iban ahí - todos los señoritos y todo.

Pero tenía una gracia fenomonal - ahora verás lo que hacía este perro. Se llamaba Esmóquin. Y hacía así: le decía una muchacha a un señorito «Verás la gracia que tiene el perro éste ¡Esmóquin! - ¡dale una perra gorda! ¡dale una perra gorda!» - una perra gorda de eso que había entonces, de cobre. Le ponía la perra gorda en la nariz, y se quedaba el perro quieto - con la perra gorda puesta en la nariz. Y hacía así: «uno, dos, y tres - ¡ap!» y la cogía con la boca, y se iba, y la escondía. Y volvía otra vez para - para mangar más - para que le diera más. Y así llevaba toda la noche dando viajes.

Y por la mañana cuando abría el almacen, que estaba al lado de la venta ¿sabes? un almacen que había de comestibles, llegaba el perro al - al escondite que él tenía a la alcancía donde guardaba el dinero y sacaba cuatro o cinco perras gordas y se iba para el almacen, y se ponía el pie al mostrador y compraba tortas. ¡lo más raro de mundo! Que el del almacen sabía que si echaba cuatro perras gordas - cuatro tortas. Oye, hacía así con las manos en el mostrador ____?____ y las comía. ¿Que tenía más hambre? Iba al escondite, cogía dos o tres perras más. ¡Me cago en ...!

Bueno, de un día a otro día ... Y yo llebaba seis o siete días sin una peseta. Yo estaba sentado al lado de un tocador que se llamaba Juan el Panadero, y yo llevando ya lo menos siete o ocho días sin estrenarme. Y veo el perro - que se va por una mesa y le pone una perra gorda - y yo: «¡hala, a ver lo que tiene el perro éste!» Le pone una perra «uno, dos, y tres» y sale corriendo, el Esmóquin éste. y yo hago así: «¿adónde va este perro ahora? Ahora voy a acecharlo.» Y me voy atrás de él escondiéndome por los árboles, y veo que llega a un árbol, y hace así: escarba, y echa la perra que le habían dado. Y vuelve a tapar. Y se vuelve para la venta para mangar más. --(skip)-- así, «¡me cago en sus muertos - dieciocho pesetas y pico en perras gordas!» ¡ea! me lo llevo en los bosillos. Me echo las perras gordas a los bolsillos, y me voy para la venta, y me siento al lado del tocador.

Y el perro, ya le habían dado una perra gorda, y va a echarla. Y se encuentra que se le habían llevado todo. Me cago en ... Mira, se cuela este perro por la venta - para el pianista, a olerlo, y venga olerlo. A este señorito, a olerlo, al cocinero. Y yo muerto, yo estaba ahí viendo el perro haciendo todas esas cosas, me digo: «¡Dios mío de mi alma!» Y el perro: venga a oler a uno, venga a oler al otro, hasta que ya se viene para mí. ¡Ay, cuando venía para mí me morí! y hago así - con la cara para el otro lado. Y empieza - a olerme a olerme - y cuando ya me olía bien, se pone de pie y me dice: «¡¡PERICON RATERO - Ayiiii!!» Mira, pego un salto de la pista - ¡Ay Dios mío de me alma lo que me entró! En voz de perro, en voz de perro: «¡Pericón ratero!» ¿Cómo se dió cuenta que era yo quein le había quitado el *parné*?

Pericon! Thief!

Look, I'm going to tell you something that, really, it could only happen in Cádiz.

We used to hang out there in a *venta*, Antonio el Herrero, eight or ten other artists, we all hung out in the *venta*. But Antonio el Herrero was always with me - in *la Havana*, in the *206*, and in all the other bars around there. And at two or three in the morning we'd go to the *venta*. At the gates of Puerta Tierra, every night there was a dog waiting for us. He was half-wolf, so you can have an idea, and his name was Smokey. Listen, he really liked us, he'd lie waiting until everyone arrived, and then he'd follow us to the *venta*. When we'd get there he'd leave us and go inside. All the girls and *señoritos*[2] knew him.

But the dog had this amazing trick. You'll see what he did; his name was Smokey, and he did this: a girl would say to a *señorito*: "look what this dog can do: Smokey! give him a *perra gorda*![3]" A copper *perra gorda* like they had back then. They'd put the *perra gorda* on the dog's nose, and he'd hold still, with it on his nose, then: "one, two, three - ap!" he'd catch it in his mouth, and run off to hide it. Then he'd come back to beg for more. This way he went on all night making trips back and forth.

Then the next morning when the store opened - the one next to the *venta*, you know? the grocery store, the dog went to his hiding place, his piggy-bank, and got four or five *perras gordas* and went into the store. He'd put his paw up on the counter, and buy cakes. The most amazing thing in the world! The owner knew that if he put up four *perras gordas*, then four cakes. Listen, he'd do it just like that with his paws on the counter ____?___ and he'd eat the cakes. If he was still hungry, he'd go back to the hiding place for two or three *perras gordas*. Shit!

Well, day after day - And one day I'd gone six or seven days without earning a *peseta*.[4] I was sitting next to a guitarist named Juan el Panadero, and I'd been at least seven or eight days without performing. I looked at the dog - he went by a table and got a *perra gorda*, and I thought "What's with that dog?" He got a *perra gorda*: " one, two, and three!" and he ran outside, this Smokey. So I think to myself: "Where's that dog going? I'm going to spy on him." So I go after him, hiding among the trees, and I see that he goes up to a tree, starts digging, and throws in the *perra gorda* that they'd given him. Then he covers it up, and goes back to the *venta* to beg for more. --(skip)-- I shit on his dead! eighteen-something *pesetas* in *perras gordas*! So I put them in my pockets, go back to the *venta*, and sit next to the guitarist.

Someone had just given the dog another *perra gorda*, but when he went to bury it he realized that someone had stolen everything. Shit! Look, this dog sneaks in the window -- he went up to the pianist - smelled him. He went up to this *señorito*, and smelled him. He went up to the cook - And I was dying - I was watching the dog do all of this, and said to myself: "My God!" And the dog: he smelled this one; he smelled that other one; until he came towards me. Ay! When he came up to me I died! I made like this - facing the other direction. He started to smell me and smell me, and when he'd smelled me enough he got up on his hind legs and said: PERICON! THIEF! Ayiiii! Look, I jumped up off the floor! Oh my God, what went through me! In a dog's voice! Pericon! Thief! How could he tell that it was me that took all the money?

---

[2] *Señoritos* were wealthy men who frequented the *ventas* to drink and hire flamenco artists and women.

[3] a coin of 10 *céntimos*; it was called a *perra* because the engraving of a lion looked more like a dog.

[4] One peseta equals 100 *céntimos*, or ten *perras gordas*.

3. El Espíritu de un Bombero

- Another tall tale - Campinette was Aurelio Sellé's preferred guitarist. He may have been the character *Efrén* in Gerald Howson's *Flamencos of Cádiz Bay* (The Bold Strummer, Westport, 1993). Campinette died in the early 1950s - Blas Vega mentions that Pericón went from his funeral straight to the train for Madrid, where he lived for the next 30 years or so. (*Coversaciones flamencas con Aurelio de Cádiz,* Libreria Valle, Madrid, 1978).

Mira, te voy a contar una cosa, porque claro, la -- el espiritismo -- tú no crees en el espiritismo; yo sí. Yo creo en el espiritismo. Había en Cádiz uno que era Ignacio Espeleta, que ese hombre sabía de espíritus lo que no tenía fin. Y Capinette, un tacador que había en Cádiz, tenía un gato que cada vez que tiraban un fósforo encendido, y que caía encendido, venía el gato corriendo. Aunque estuviera de la cocina, del comedor, estuviera ... y viera la luz - «ba - chu-chu-chu», y apagaba el fósforo.

Y un día estaba Capinette durmiendo y tenía una tela de anea - esa de anea - para echarse a la cama. Y le gustaba fumarse en la cama un cigaro o dos. Y enciende un cigaro, tira el fósforo, sin darse cuenta y cae de la - de la tela. Mira, empieza a encenderse luzes - de las aneillas. Cuarenta o cinquenta luces. Se corrió unas con las otras. Y ya viene este gato corriendo: «chu-chu-chu-chu-chu-chu» y las apagó todas, oye. Y me lo contó y digo: «¡O - qué cosa más rara esa, Capinette! ¿Porqué no se lo dices a Ignacio Espeleta, porqué no se lo cuentas a Ignacio Espeleta? Que te puede dar un idea de lo que es éso.» y dice «Pues, se lo voy a contar.» Efectivamente, se lo cuenta a Ignacio Espeleta lo que había pasado con el gato. Ignacio Espeleta - que ya quisiera que tú lo hubieras conocido, gitano, con una gracia que no se puede aguantar. Y cuando llegó a éso de la tela que salían tantas luces, y vino el gato corriendo apagando las luces, le dice Espeleta: «Párate ya Capinette. No me hables más nada. ¿Tú sabes lo que es éso? Eso es un espíritu de un bombero, que se ha metido dentro de un gato.» ¡Me cago en la gracia!

The Spirit of a Fireman

Look, I'm going to tell you something, because, of course, you don't believe in spiritualism - I do. I believe in it. There was this guy in Cádiz named Ignacio Espeleta that knew a whole lot about spiritualism. And Campinette, a guitarist that lived in Cádiz, had a cat that whenever you threw a lighted match, and it landed light, this cat would come running. Whether it was from the kitchen, the dining room, wherever ..., if the cat saw the light - "ba - chu chu chu", it put out the match.

One day Campinette was sleeping, and had this rattan cloth - one of those rattan things to throw over the bed. He'd like to smoke a few cigarettes in bed; so he lights a cigarette and throws the match, and without him realizing it, it fell on the cloth. Look the rattan started to catch fire; there were forty or fifty sparks. Well, this cat comes running in "chu-chu-chu-chu-chu", and put them all out. When he told me about it, I said, "Oh - how strange, Campinette! Why don't you tell that to Ignacio Espeleta? He could probably give you an idea of what's going on." He said, "OK, I'll tell him." So, he told Ignacio Espeleta about what had happened with the cat. Ignacio Espeleta - I wish you knew him - he was a gypsy with a great sense of humor. Anyway, when he got to the part about the cloth with all the sparks, and the cat running in and putting them out, Espeleta said, "Stop, Campinette! Don't say any more! Do you know what that is? That's the spirit of a fireman trapped inside a cat's body." Shit that was funny!